

CHRISTIAN JACO

LOS MISTERIOS
DE SETNA



LA TUMBA MALDITA

LA TUMBA MALDITA

CHRISTIAN JACQ

Traducción de Juan Camargo

Título original: *Les enquêtes de Setna. La tombe maudite*

© XO éditions 2014.

© por la traducción, Juan Camargo, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-08-14583-7

Depósito legal: B. 20.709-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El Viejo había nacido viejo, y casi mejor que fuera así. Heredero de un largo linaje que algunos creían remontarse al reinado del primer faraón, disponía de un elixir de eterna juventud: el buen vino. Un blanco seco y afrutado para despertarse por la mañana, un tinto con cuerpo para la comida, un rosado ligero por la tarde y una buena cosecha durante la cena. Al mismo tiempo que aseguraban la indispensable hidratación, aquellos admirables productos, frutos de la unión de la Naturaleza y la inteligencia humana en su aspecto más sublime, servían de antídoto contra todas las enfermedades. ¿A cuántos jóvenes hinchados de agua no les fallaban las fuerzas? Por supuesto, la cerveza no resultaba desdeñable, sobre todo cuando apretaba el calor, pero nada podía reemplazar el vino. Propietario de un viñedo cercano a Menfis, la capital económica de Egipto, el Viejo había confiado la explotación de éste a dos especialistas a quienes supervisaba de cerca. Una vez etiquetadas, las vasijas se almacenaban en una bodega provista de una puerta doble y de sólidos cerrojos, a resguardo de los saqueadores.

Obligado a trabajar para pagar a sus empleados, el

Viejo había encontrado un puesto de administrador al servicio de un rico notable que vivía en una vasta casa de recreo que albergaba a diversos gremios. Había que supervisar de forma permanente aquel pequeño mundo y perseguir a los posibles holgazanes, rápidos en aprovechar la más mínima relajación. ¡No sería con el Viejo con quien los jóvenes se desentenderían del trabajo!

Como disfrutaba de un día libre primaveral, había inspeccionado su bodega y abierto algunas vasijas antiguas. Databan de los primeros años del reinado de Ramsés II, quien se había convertido en un héroe venerado por su pueblo tras la batalla de Kadesh, puesto que en ella había repelido a los hititas,¹ que anhelaban conquistar Egipto. Gracias a una buena gestión, las Dos Tierras, el Alto y el Bajo Egipto, gozaban de una prosperidad provechosa para todos.

El faraón había erigido una nueva capital, Pi-Ramsés, en el Delta, no lejos del corredor sirio-palestino, que era el camino de entrada de los invasores. Sin embargo, no se olvidaba de favorecer los grandes emplazamientos tradicionales, como Tebas, la ciudad de Amón, dios que había inspirado su brazo en Kadesh, o Abydos, el territorio sagrado de Osiris, poseedor del secreto de la resurrección y amo de los «justos de voz».

En resumen, ¡que todo iba de la mejor de las maneras en el mejor de los mundos posibles! Todo, salvo una severa migraña, quizá debida a un exceso de blanco licoroso. Caminando sin rumbo aquel suave final de la tarde, el Viejo había traspasado la frontera que separaba las zonas de cultivo del desierto.

1. Los ancestros de los turcos.

Se había quedado dormido al pie de una duna.

Lo despertó el aire fresco de la noche y contempló miles de estrellas que conformaban el alma de Nut, la diosa Cielo. A pesar de la mala postura, el Viejo se habría dejado llevar por la contemplación si, de repente, una tormenta no le hubiera cubierto de arena la mitad del cuerpo. Así pues, se levantó escupiendo y echando pestes. Al poco rato, el cielo se cargó de nubes negras que libraron un violento combate. Los relámpagos rayaban las nubes, el suelo comenzó a temblar, la cima de la duna se dilató.

No era ni una pesadilla ni un fenómeno normal: los demonios del desierto acababan de desatar un cataclismo. Consciente de tener pocas posibilidades de sobrevivir, el Viejo corrió al frente en busca de refugio. Caminaba tambaleándose, porque era incapaz de orientarse en un paisaje que se había vuelto caótico, pero lo ayudó su sólida constitución y se negó a dejarse vencer por el desánimo.

Cuando le faltaba ya el aliento, distinguió un montón de piedras. Agarró un sílex puntiagudo, excavó un agujero y, encogido, se cubrió con fragmentos de caliza. ¡Qué final más triste! ¡Con el gaznate seco y lejos de su amada bodega! Lo indignó pensar en ello y decidió aguantar.

Y la turbulencia se calmó.

El viento glacial lo hizo estremecerse. Tras salir penosamente de su manto de grava, el Viejo miró a su alrededor. Se veían nuevas dunas entre hondonadas de árboles arrancados, plantas destrozadas, cadáveres de zorros del desierto y de roedores... y, a lo lejos, ¡una silueta humana!

El Viejo debería haberlo llamado, hacerle gestos, correr hacia aquel otro superviviente, pero una rara intuición lo obligó a quedarse agazapado y observarlo.

Y fue una gran idea hacerlo.

Armado con un largo puñal, el hombre inspeccionó los alrededores y luego les indicó a sus compañeros que tenían vía libre.

¡Evidentemente salían de un sepulcro que había resistido a la tormenta!

¿Refugio para unas personas perdidas... u objetivo de una banda de saqueadores? El Viejo debería haberse largado, pero la curiosidad pudo con él. Los malhechores tenían todos el rostro cubierto con una basta tela que no dejaba ver más que los ojos: era imposible distinguir sus rasgos. Vestidos con una larga túnica, rodearon al hombre del puñal.

Este último elevó su arma hacia el cielo, como si quisiera atravesar los densos nubarrones.

Un interminable relámpago cruzó las nubes y, a pocos pasos del grupo, cayó el rayo, que se condensó formando una bola de fuego. A una velocidad increíble, trazó un círculo alrededor de él antes de desaparecer en la arena.

No cabía la más mínima duda: ¡el hombre del puñal era un mago negro, y de la peor calaña! Dominaba los elementos, desataba las tempestades y controlaba el poder de Set, amo del rayo y de la tormenta.

El Viejo, petrificado, creyó que le había llegado su última hora. Sin duda, el brujo se percataría de su presencia y lo inmovilizaría en el suelo para aniquilarlo.

Entonces, aquel mago salió del círculo, en donde

sus acólitos permanecieron aprisionados, y penetró en el interior de la tumba.

El Viejo se palpó el cuerpo para constatar que seguía vivo. ¡Esta vez había que salir corriendo! Había bebido demasiado y se le estaba resecando la garganta por momentos. Sus piernas, presas de agitados temblores, se negaron a obedecerlo. Sin embargo, aquel desfallecimiento resultó oportuno, pues el brujo volvía ya a salir del sepulcro llevando un objeto alargado y de gran tamaño cubierto por un velo rojo. Caminó a paso muy lento y lo depositó en el centro del círculo.

Y su voz resonó grave, tan imperiosa que el Viejo se estremeció.

—He aquí el tesoro de los tesoros, el secreto de la vida y de la muerte.

Retiró el velo.

Apareció un jarrón dotado de un pedestal sólido, de forma oblonga, con la panza ligeramente hinchada y cerrado con un grueso tapón de piedra.

Incapaz de contenerse, uno de los ladrones se acercó al inestimable objeto. Cuando fue a retirar el tapón, miró al mago, que permaneció con los brazos cruzados.

En cuanto la mano tocó la piedra, un humo anaranjado salió del jarrón y envolvió al profanador. Éste retrocedió sorprendido; ahogado, abrió la boca cuanto pudo, como un pez fuera del agua. Pero cayó al suelo asfixiado.

El mago cubrió de nuevo el tesoro con el velo rojo.

—Habéis contemplado el jarrón sellado,² que contiene el misterio supremo —les reveló a sus cómplices.

2. En la lengua de los jeroglíficos es designado como *Jetemet*.

ces—. Quien conoce el secreto posee el auténtico poder. Y vosotros, pandilla de granujas, os estáis beneficiando de un privilegio del que no sois dignos: por esa razón debéis desaparecer. Habéis despejado el acceso a la tumba maldita, vuestra tarea ha finalizado, ya no os necesito.

—Pero nos había prometido... —comenzó a replicar un tipo corpulento.

El mago tomó entonces el jarrón y lo hizo girar. El humo anaranjado se extendió con una rapidez asombrosa y ahogó a los adeptos del brujo. Su carne chisporroteó y sus gritos de agonía desgarraron el silencio del desierto.

Cuando constató que apenas quedaba nada de los cadáveres, el mago negro, ahora dueño del jarrón sellado, se alejó hacia el oriente. Después, el sol del alba se abrió paso entre las nubes.

El Viejo esperó con prudencia largo rato antes de levantarse. Luego se aventuró flaqueando en el lugar de la masacre mientras se preguntaba si no había sido víctima de una pesadilla.

La presencia de aquellos restos de huesos humanos calcinados le probó lo contrario. Sólo cabía una decisión: no hablar con nadie de aquella tragedia.

Muerto de sed, el Viejo llegó a la zona de cultivos y mundo de los vivos.



El jarrón sellado, tesoro de tesoros, antecesor del Grial.



El mago se deshace de sus acólitos.